

EL CANTAL DE LA BERENJENA

Juan Manuel Maestre

Paró el motor de la California y bajó sin prisas atusándose su largo, rubio y bien cuidado cabello, ahora algo desgredado por los vaivenes del tortuoso camino. Colocó una cinta elástica en su frente y recompuso el trasnochado look de hippie que tanto gusta plagiar de su viejo, quien había recorrido medio mundo subiendo montañas y paredes, llenando su vida de una filosofía que fue toda la riqueza que le pudo dejar por herencia, antes de perderse en el vientre oscuro y gélido del glaciar del Trisul, aquel siete mil que fue record de altitud durante veintidós años, los mismos que, recién cumplidos, tenía el joven Timothy ahora.

En realidad se llama Timoteo como su padre, quien por igual jipismo, se hizo llamar en vida Timmy, y como su abuelo aunque a éste no le habrían de permitir ninguna licencia, siendo Timoteo durante toda su vida, por tradición familiar y por sacramento en la pila bautismal de la Parroquia de Santa Ana. Eran otros tiempos. Hoy lo sajón le encaja mejor, y su espíritu de trotamundos supera incluso al de su progenitor, sobre todo escalando, pues su depurada técnica, no exenta de arrojo, le permite encadenar difíciles pasos en cualquier textura rocosa, aunque prefiere el calcáreo, declarándose un enamorado de la caliza mediterránea. Tal es su seguridad en los territorios verticales que suele aullar de contento, pregonando su simbiosis con la roca *-¡Nacido para escalaraaaar!*- grita eufórico en mitad de las paredes.

Al apagarse los faros de la maqueada furgoneta la oscuridad es total. Las luces de la ciudad, por lejanas, son un tímido resplandor hacia el sur, en medio de la nada, y al norte aún es mayor en ausencia de cualquier horizonte. Sabe que sus pupilas dilatarán y la apretada nube, deshinchada al fin, permitirá la luz de las estrellas pero entretanto, la frontal dirigida al suelo resultará suficiente para el tránsito por el sendero. Otra cosa será cuando abandone la conocida ruta y se interne, allá donde pocos fueron, en ausencia de camino.

-¡Esta vez seré el primero!- Lo dijo en voz alta, pese a estar solo. Cargó la cuerda sobre su abultada mochila y se perdió en la noche.

El chico, buen escalador, no es el único en la zona y eso le trae problemas de rivalidad, especialmente con Juan Cañas. ¡Él es Timothy Cano, hijo de Timmy, el del Trisul!, llamado así posterramente y nadie iba a ser ni más, ni mejor escalador que él *-¡Faltaría más!*- No, mientras fuese el más fuerte aperturista de la comarca, cuestión en la que andaba a la greña con el tal Cañas, no menos tozudo escalador y a la poste, antiguo compañero a quien, y no es guasa, Timothy

llamaba "hermano de cuerda", símil que definía la pasión compartida. La separación les vino por algo tan tonto como el orden nominal dado a una ruta abierta por ambos. Vía Cañas-Timothy, había publicado el primero en el boletín social y allí se acabó la amistad.

El valle del Vinalopó es cuna de buenos y bravos escaladores desde antiguo, subsistiendo sagas familiares montaÑeras cómo la suya. Entre ellas hubo una vez un tal Meregildo, a quien para abreviar llamaban "Mere", cuya fama subiendo riscos a golpe de Chirucas le acompañó hasta después de su muerte, perviviendo en sus dos hijos, que heredaron no sólo el apelativo de "los Meres", también la pasión por los horizontes verticales, traducidos hoy en desplomes sobre la vertical, en busca del grado imposible.

Ambos ponían todo su empeño en la escalada deportiva, por lo que, no siendo

competencia de Timothy, se habían convertido en sus buenos amigos, y como tales, socarronamente le pinchaban cuando al caso venía, cosa frecuente que por ingrata Timothy soportaba muy mal, acrecentando con ello la guasa de los Meres, que en esto de gastar la broma, habían salido bien parecidos a su difunto padre, de tal suerte que bastaba que Cañas lograra abrir una nueva ruta en cualquier pared, para que Juanvi, el más locuaz y menor de los consanguíneos, hurgase en el amor propio del amigo.

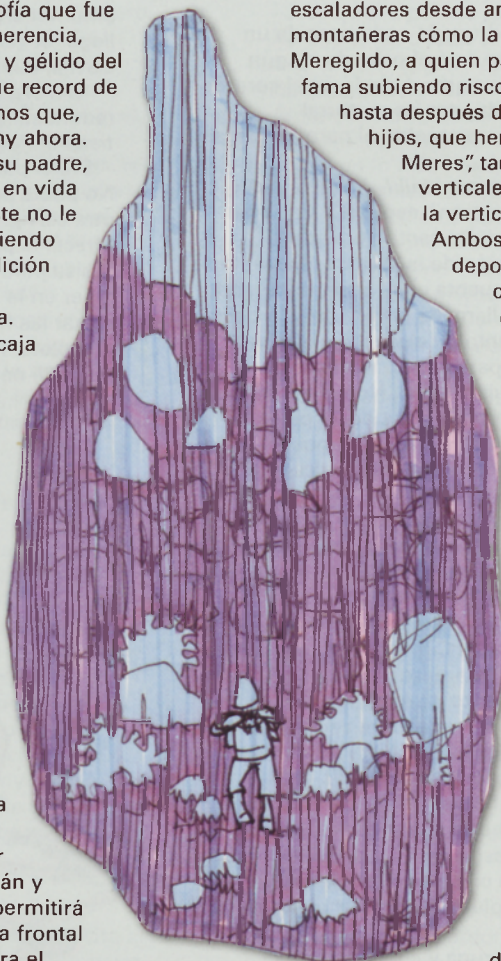
-¡Mira el Cañas!- le decía *-Ya ha conseguido la sur del Puig Maigmó, ¡la más difícil!*

-La más difícil está por llegar- contestaba con mal humor Timothy, a quien los éxitos de su antiguo compañero no le sentaban nada bien.

Con seguridad, a no tardar, otra nueva ruta recorrería la sur del Puig Maigmó, a ser posible, más directa y de mayor dificultad y entonces la gloria cambiaría de dueño. Así estaban las cosas.

Esta rivalidad les había llevado a escalar en solitario y ocultar sus objetivos para que ninguno pudiera adelantarse al otro. Cada proyecto de escalada se convertía en el mayor de los secretos, por eso Timothy no había dicho a nadie hacia donde se dirigía esta noche.

Al trasluz de la nube, la silueta menguante de la luna, vierte una claridad tan pobre sobre la rambla por la que transita, que apenas puede ver más allá de la puntera de sus botas. Desconoce la ruta, pero sabiendo buena la dirección, no habrá de perderse barranco arriba. La frontal le ayuda a esquivar zarzales y pozas del estrecho cauce, camino hacia el Cantal de la Berenjena, su objetivo. La imposible aguja que, olvidada y escondida en medio de la intrincada Sierra



de la Xumenera, le aguarda para colmar sus ansias de gloria y ganarle la batalla al odioso Cañas.

Los cuarenta metros del monolito de calcarenita, altivo, redondo y desplomado en el inicio y final de todas sus caras, ven rematada su cúspide por "el rabo de la berenjena", una compacta astilla calcárea, ligeramente inclinada sobre su vertical, de un gris tan brillante que contrasta con el amarillo viejo de sus paredes margas y se eleva otros ocho metros sobre el lomo circular de la antecima, en cuya repisa se adivina el fin de las dificultades. Ciertamente el reino mineral había plagiado al vegetal, con gran similitud. *¡Ahí está!* dijo, viendo al final de la barranca recortarse sobre los claros de nube, el raro y negro perfil de solanácea zocata.

Las cuatro horas largas de incómoda marcha y la maltrecha calidad de la roca, eran causa sobrada para el desprecio de los escaladores de la comarca, por lo general, esclavos de las zonas equipadas y malacostumbrados al vuelo seguro, cuando el paso pintase chungo, algo que Timothy nunca podría permitirse en el Cantal de la Berenjena.

Llegó. Son las dos de la madrugada en la base de un espolón que no conoce; que no está al paso de ningún lugar, ni es itinerario a ninguna parte. Aislado en el corazón de un enjambre de lomas recubiertas de matorral espinoso, la zona, ni es apta para escalar, ni para marchas, ni para nada.

¡Para llegar allí, hay que querer ir allí! le había dicho Pepe Poveda, el más viejo y veterano escalador del lugar. El anciano le habló de aquel oculto cantal rodeado de montañas por cualquier dirección de la rosa de los vientos. Le contó su fallido intento cincuenta años atrás, superando un destartalado pasaje que él llamaba la verruga y lo poco que le faltó para matarse a punto de alcanzar la segura repisa, que hubiera supuesto para él y su malogrado amigo Paco Civera, una conquista épica. No fue así y aquel rincón cayó en el olvido por la mala fama de su piedra, antes incluso, de que nuevas técnicas y modernos materiales degradasen la escalada al juego vertical que es hoy.

Un sueño ladrón, le robó el brillo estelar de una noche, que al descubrirse, pintó de plata el rabo de la berenjena, arrastrando su sombra sobre él, para marcar su destino.

*

No ha dormido bien. La última conquista de Juan Cañas, en el espolón norte de la Peña del Cid, le obsesiona desde hace días. Fue noticia en el club la misma noche en la que el viejo le contase su añejo intento de escalada. Para postre, se rumoreó que Cañas llevaba entre ceja y ceja un proyecto, que por difícil y peligroso, él mismo definió como un bombazo para la escalada local. Hacía una semana de aquello y nadie le había visto desde entonces.

Inquieto, salió del saco cuando aún no había despuntado el sol y miró la desgastada roca. Estaba bastante suelta, pero no tanto como para no poder trepar por ella. La escalada había evolucionado mucho en cincuenta años.

Reconoce el pasaje de la verruga y concluye que el veterano había escogido bien. Era la única ruta posible. El sol dibujó sobre la pared las exactas líneas de las cercanas colinas y pronto sentiría su benéfico calor. Sin perder más tiempo abrochó su arnés, colgó en sus anillas unos cuantos friends y clavijas variadas y se ató a las dos puntas de la cuerda que desplegó luego cuidadosamente en el suelo, abriendo bien cada brazada, asegurándose que desmadejen bien sin posibilidad de enredo.

Timothy, había desarrollado una técnica de cuerda en solo, que sin ser segura al cien por cien, pues ninguna lo es, a él le bastaba. Un dissipador fijado a su arnés y un Grigri invertido, con unos metros de cuerda flotante, hacían funcionar un invento que sin embargo, él nunca probó en pared *¡Lo mejor es no tener que saber nunca*

cómo funciona! Contestaba siempre que alguien le preguntaba. En el fondo compartía la teoría del solo integral de Cesare Maestri, pero también creía que no estaba de más tomar precauciones en casos como el de hoy.

Comenzó a escalar. El desplome inicial, muy ligero allí, lo solventó sin titubeos; metió un friend y subió unos metros más para alcanzar el principio de la verruga, una sucesión de lajas descompuestas, amontonadas atolondradamente por el dios de los equilibrios, que semejava fea cicatriz sobre la redondez del imitado fruto anual. Pensó que aquello sí que era de verdad, ¡Un buen berenjena! y sonrió por la ocurrencia. El hueco donde descansó era el dejado por un bloque desprendido, de tal suerte, que al quedar al descubierto roca más compacta, una buena grieta se tragó, cantarinas, dos clavijas hasta la mismísima cabeza. El sol le recargó allí de energía. La dificultad no es alta pero sí el peligro. El tramo siguiente más que escalando lo pasó con la suavidad de un algodón sobre el calcáreo amontonamiento. Se había dado la cuerda suficiente para llegar al vértice de la verruga y allí volvió a meter otra clavija, aunque no tan sólida como las de abajo.

¡Ahora viene lo bueno! Observó el camino a la redondeada plataforma cimera, y añadió *¡Qué huecos tiene el Poveda!*

Era el paso clave de la vía, liso, vertical y con mala roca. No podía pedirse escenario peor para un escalador. Metió otra clavija y más confiado examinó las alternativas que le ofrecía la pared. No le separan más de diez metros de la repisa pero es uno de esos momentos en los que quieres tener en la reunión un compañero del que poder tomar las fuerzas necesarias para completar la propia osadía, pero allí no había nadie más.

DIBUJOS CARLOS GOVARROLA

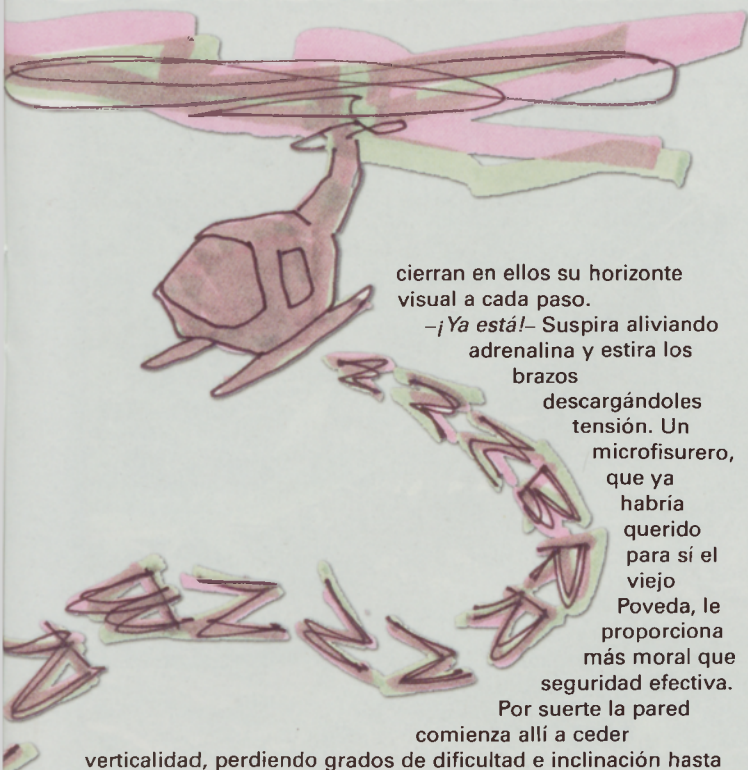


Él y el Cantal de la Berenjena. El sol cuelga en el cielo azul y la gloria en el horizonte vertical. Sabe que si lo piensa mucho le costará más. Revisa por última vez el tramo. Respira hondo...

¡Allá voy!

Lo ha susurrado delicadamente imprimiendo desde ese instante, el mismo y suave temple a sus movimientos. De vez en cuando observa el punto intermedio del pasaje donde, augura y ansía, una buena presa que rebaje la tensión psíquica y muscular y tal vez, la posibilidad de meter algún seguro a su precario equilibrio sobre el

delicado pasaje. El mundo se ha parado. El tiempo no existe. Las yemas de los dedos y las punteras de los pies de gato



cierran en ellos su horizonte visual a cada paso.
-¡Ya está!- Suspira aliviando adrenalina y estira los brazos descargándose tensión. Un microfisurero, que ya habría querido para sí el viejo Poveda, le proporciona más moral que seguridad efectiva. Por suerte la pared comienza allí a ceder

verticalidad, perdiendo grados de dificultad e inclinación hasta morir en la impecable repisa de buena roca. ¡Lo ha logrado! y aunque todavía queda por escalar la astilla final, la mejor calidad que observa en su caliza gris y compacta, le impide reprimir su aullido de guerrero de las paredes, que suena claro y fuerte:

-¡Nacido para escalaaaaaar!

Pero en el Cantal de la Berenjena, no hay eco que responda. La soledad es total.

Los últimos ocho metros no tienen más historia que la de un paseo entre las buenas presas que la caliza mediterránea proporciona, pero la cumbre es tan puntiaguda e inclinada que desiste de plantarse en ella y agarrado a la última parte del bloque, lo rodea con un cordino y monta el corto rappel. Antes de descender se queda un instante colgado sobre la cima y deja volar la vista, que se pierde en el horizonte de familiares relieves montañosos, delatando el lugar que le vio nacer.

-¡Veremos quién logra la mayor conquista!- Exclama para sí, y lentamente, recreándose en la suerte de rapelar y adornándose con pequeños saltitos de púgil confiado, alcanza la confortable repisa donde comienza a instalar los seguros para el rappel definitivo.

Ni él mismo sabe cómo ha ocurrido, pero ya no hay remedio. La cuerda dio el último tirón y saltó libre y suelta al vacío, dejándole con el montaje listo y sin aquélla para bajar. Con el ruido de los martillazos, no escuchó el latigazo sonoro del perlón cayendo a pliegues sobre un vacío, tan próximo a la línea de rappel, que la cuerda se había decantado por el vuelo largo, en lugar de quedar plegada sobre la repisa.

Incrédulo, miró hacia arriba y vio que el anillo de cuerda estaba suelto y descansaba sobre un saliente, debajo del emplazamiento inicial que él le había buscado. Dedujo que el último saltito, de púgil aguilipollado, acabó por desatar un nudo mal apretado y maldijo en silencio. Había escuchado historias de nudos y desenlaces similares, incluso, algunos amigos le habían asegurado estar vivos de milagro, al haberles caído la cuerda de rappel encima, nada más llegar al suelo, y lo había creído posible, pero que le ocurriera precisamente a él y en aquel lugar, no lo podía aceptar.

*

Llegó la noche convirtiendo el día en un mal recuerdo. Acurrucado sobre el suelo de la repisa, ya no había lugar para más reproches. Ausente al frío, pero también a la esperanza de un pronto rescate, tenía hambre y rabia, mucha rabia, pero no había nadie a quien maldecir.

-¡Timothy!- La voz sonó frente a él, pero no levantó la cabeza. De pensamientos, ruidos y raras voces ya había colmado el día, pero la voz, ahora reconocible, insistió:

-¡Timothy, soy yo!- Era la voz inconfundible de su antiguo amigo.

-¿Tú?

-Quería verte.

-¿Para qué? Tú y yo, ya no tenemos nada que hablar- Se sorprendió de no mostrar ira, a pesar de estar hablando con él -¿A qué vienes? ¿A reírte de mi mala suerte?- ¡No me dirás que también has coronado esta cumbre antes que yo! Porque...

Juan Cañas negó con un gesto y su voz interrumpió la letanía de quejas que Timothy ya tenía preparadas en la punta de la lengua.

-Sólo quiero pedirte perdón.

No llovía, pero todo el horizonte visual de Timothy quedó turbiamente mojado y apenas pudo contestar con otro

-¡Perdóname tú a mí!

Ambos fueron uno solo, firmemente apretados. La luna cruzó un firmamento cuajado de explicaciones que, como estrellas, brillaron en lo más hondo de sus corazones. El tiempo concedido aceleró la noche y mutuas alegrías rebotaron en la cercana oscuridad como aleteos del alma henchida de paz. Se contaron mil y una aventuras para hacerlas suyas, pero ningún proyecto. El destino cruzó su propia línea cambiando el orden astral de los dos amigos.

Amanecía, cuando Juan Cañas abrazó a su amigo, antes de desaparecer atravesando la pared de roca.

*

El sol estaba en todo lo alto cuando Timothy despertó sobresaltado por el rugido de un helicóptero, que al situarse sobre su vertical, acrecentó el ruido de los rotores al estabilizar su vuelo y sumar el potente altavoz desde el que, un piloto equivocado, intentaba tranquilizarle.

-¡Juan Cañas! -¡Brruzzz, Brruzzz- ¡Atención, Juan Cañas! Te habla el Capitán Tendero de la unidad de rescate en montaña -Brruzzz- Tu padre nos ha indicado tu posición -Brruzzz- Tranquilo que vamos a bajar para proceder al rescate.

Todavía confuso, percibe como el copiloto ha señalado el suelo de la cara oeste, la contraria a su escalada. Timothy se asoma al abismo al tiempo que desciende el aparato hasta llegar cerca del suelo, donde yace el cuerpo inmóvil de otro escalador.

Cuando el helicóptero volvió a elevarse hasta su altura, el Capitán Tendero no tuvo tiempo de formularle la pregunta que él ya sabía.

-¡Hermaaaaaaanooooo de cuerdaaaaaaaa!

*

Epílogo

Cuentan que este grito del guerrero de las paredes, simboliza desde entonces el perdón entre los escaladores del mundo que, siendo de la misma ilusión siameses, hayan sido capaces de encontrar, en cualquier estrellado firmamento, sobre la cumbre más ancha, o la más estrecha aguja del universo, el silencio exacto que desde el corazón, ilumina el sincero sentimiento.

Dicen que este himno de lo vertical, nació aquí, en un rincón perdido y olvidado entre las redondeadas lomas del espinoso monte bajo mediterráneo, en una roca bermeja, tan lejana y escondida, que sólo puede ser vista por aquellos que han sido capaces de mirar en su corazón y pedir perdón al amigo, al compañero que una vez compartió ilusión, atado a su misma cuerda.

Yo la he visto en una noche de luna llena, y la llamé: "El Cantal de la Berenjena".

FIN